

oro... ¡que tu mujer llegue á ser estéril, y los pájaros del cielo ensucien tu barba! ¿Se ha visto nunca un turco tan malo como este? ¿Estamos conformes?

*
*
*

...D'accord, monsieur, d'accord. Donnez moi le napoleon et voici la chaise...

—¡Ya! ¿con que estamos conformes y que te dé el Napoleón de oro, ó lo que es lo mismo, cualquier cosa, 20 pesetas, por ejemplo, y me darás una silla?

—Está bien; pero ayudadme á subir porque no se ve gota y sostenedme por detrás, por que la multitud ondula como si fuese un mar.—¿Y dónde es donde debo mirar?—Mas allá del Sena, caballero.—¡Ah! un haz de rayos blancos ha iluminado por un momento un mar de cabezas en el Campo de Marte.

Ahora en la opuesta orilla frente por frente se levanta y se ensancha un nimbo de fuego que cae á trozos, á brochazos, como si fuera menuda lluvia argentífera ya en forma de espléndidas cascadas de flores, de pajas, estrellas, copos y anillos y produce en las aguas un reflejo tembloroso, un turbión de chispas y un relampagueo de colores que parece que el Sena revuelve perlas, cristales y collares de oro. Entretanto

desde el puente, desde las casas y desde la orilla derecha se extienden torrentes de luz que tienen unas veces de verde esmeralda, otras de amarillo sulfúreo ó de rojo sanguíneo las orillas, la multitud, las alturas el Trocadero y el pabellón del Shá; retumban cien cañones, se oyen músicas y el inmenso vocerío de las gentes llena los espacios como el bramido del Océano. De repente todo se apaga, enmudece todo, y la multitud, sumergida otra vez en las tinieblas, vuelve sus trescientas mil cabezas de repente sobre el Sena.

Comienza el incendio de París.

Resplandores de luces de Bengala y haces de luz eléctrica que vibran á la vez saliendo de mil focos, iluminan las alturas de los edificios más elevados. Los tejados de las Tullerías deslumbran como pirámides de reluciente oro, la cúpula del Panteón parece un áscua, el Palacio de la Industria como si fuera espejo de plata, el palacio de los Inválidos semeja ondulante inmensa llama verde, la torre de Santiago, la columna Grenelle, la escuela militar, San Sulpicio, Nuestra Señora de París, muestran sus grandiosos contornos de fuego, sus cimas coronadas de aureolas veladas por el humo luminoso y el cielo encendido en varios puntos por especie de auroras boreales y fantásticas puestas de sol. Finalmente, un millón de cohetes estalla de un extremo á otro de París con formidable fragor, revolviéndose en inmensa lluvia silenciosa de fuego, acompañadas de un grito universal de infantil alegría.



...¡Verdadera alegría infantil! ¡Dejad estar estas niñerías y pensad en la muerte!—¡Ah! ¿sois vos, señor Danmann?—Sí, yo soy; el viejo y fastidioso filósofo dinamarqués que os sermonea aquí, metidos en un carruaje entre Turnu-Severin y Palanka, una hora antes de salir el sol, distinguiendo (porque lo percibo), tanto buscar con los ojos entre cabañas y setos y á través de la densa niebla, las inciertas blancas formas de las campesinas valacas. Dejadme acabar mi conversacion.

He de repetiros mi consejo para tranquilidad de vuestra vida. Pensad todos los días y por largo rato en la muerte; profundizad en este pensamiento sirviéndoos de la imaginacion hasta encerraros en él como si fuese una tumba. Representaos á vos mismo dominado por una mortal enfermedad,—moribundo,—ya muerto: grabáos bien en la mente el aspecto de vuestro cadáver; observad todos los movimientos de la gente que os coloca en la caja, que clava la tapa y que os lleva al cementerio; mirad por los agujeros la atareada y alegre ciudad; sentid el frio de la fosa; oid el ruido que hace la tierra al caer sobre

la caja: imaginaos allí solo, inmóvil, convertido en una momia horrible y meditada, sin separar un punto los ojos de aquel cuadro. Pues bien, creedme; el que no lo ha experimentado, no puede concebir el grande y saludable cambio que produce esta meditacion fúnebre de todos los días en nuestra manera de ver y de sentir el mundo y la vida. Nuestra desventura es el vago sentimiento de inmortalidad terrena que nos hace ver las cosas que nos circundan más grandes y de mayor importancia de lo que son; de aquí que los dolores y aún los placeres son más grandes, porque no guardan la debida proporcion con las causas, origen de tristezas. Pero el hábito de pensar en la muerte, reavivando á cada paso el sentimiento de lo precario de la existencia, nos ofrece todo reducido á sus proporciones reales, restituyendo así el equilibrio entre nosotros y la verdad, y con el equilibrio la paz y con la paz un mesurado y más seguro goce de la vida.

Probad y quedareis sorprendido, amigo mío, al ver de qué modo huyen de vuestro corazon todos los innobles sentimientos, los pequeños dolores que no reconocen justa causa, y la turba inmunda de pasiones y envidias, ambiciones, despechos, que sordamente roen el alma humana haciéndola más infeliz que las grandes desventuras. Probad, verted todo este pensamiento sobre las plagas morales que sintáis, como si fuese bálsamo en una llaga de vuestro cuerpo. Siempre que sintáis renacer el orgullo, ob-

servad las venas de las manos, tocad vuestras costillas, detened por un momento la respiracion, y sintiendo improvisadamente de este modo la debilidad de vuestra vida, os volvereis humilde. Si alguno os ofende, representaos en la mente su esqueleto, las más pequeñas partes de su frágil organismo, un vaso sanguíneo de su cabeza, que rompiéndose, puede en un minuto convertirlo en un cadáver ó en un loco: seguramente le perdonareis. Acostumbraos á ver siempre en un hombre, un moribundo; en el espectáculo de la naturaleza una fantasmagoría que brilla un y instante desaparece; los bienes de la tierra que no duran más que un instante, un simple constipado puede robároslos; habituáos á sentir os morir y que el pensamiento de la muerte sea un sosten de vuestra vida; un refugio que no temais llegue á canasos y enfríe vuestro corazon para el cariño y para el trabajo, al contrario, vuestro cariño tomará un tinte de divina melancolía siendo á la par más profundo.

¡Ah! Con qué delirante amor besareis á vuestra amada, pensando que con un abrazo podríais lanzar su alma á la eternidad y su cuerpo en la tumba. Vuestro trabajo será más fecundo, porque teniendo la mente puesta fuera de esta vida, contemplareis hombres y cosas desde lo alto con alma más quieta y ojo más sereno. Ya estamos en Palanka. Tenemos que separarnos; acordaos de los consejos del viejo Danmann y adios.—Permitidme que os abrace, se-

ñor.—Hijo mío.—...¡Gran Dios! ¡Ni sois Danmann, ni estais vivo! ¡Vuestro cuerpo es de bronce!...

*
* *

—Una estatua. ¡Ah! reconozco tus rasgos característicos, potente y querido agitador de mi juventud. Así te veía aparecer como fantasma luminoso en el umbral de mi habitacion cuando á hora avanzada de la noche levantaba la vista de tus libros con el semblante trasfigurado. No de otra suerte veía esa frente que lleva huellas de las batallas ardientes y perpétuas de tu pensamiento; así, toda tu noble figura, tal como ahora apareces sobre el pedestal, naturalmente dispuesta, "arrogante y grandioso excepto los ojos, llenos de dulzura." Te reconozco; tú eres "el que avanzaba como gran conquistador en el eterno dominio de la verdad, del bien y de lo bello, dejando detrás de tí la vulgaridad que á todos nos encadena;" tú eres el profundo y sutil inquisidor del humano corazon, el incansable descifrador de problemas, poeta de la libertad y del honor, escultor de tiranos y de héroes, pintor de vírgenes y de bandidos, glorificador de esclavos y de mártires; tú, "el verdadero hombre;" tú, el "jóven eterno," tú, que cada ocho dias eres "un nue-

vo ser más cercano á la perfeccion;" ingenio tremendo y noble, alma excelsa y serena, hombre grande para la patria, grande en el seno de la familia, grande en la lucha contra tí mismo y contra la muerte! ¿Eres tú? ¡Oh! permite al último de tus devotos que hubiera atravesado la Europa para ir, si vivieras, á gritar al pié de las ventanas de tu casa que eres grande, que te ama, permite que ponga un instante bajo tu mano de bronce su frente abrasada, como implorando la bendicion divina.

*
* *

...¿Quién profana el nombre de Dios? No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta. Ascarí, cargad de cadenas á este miserable que se postra ante un ídolo de bronce.—¡Tú deliras, Kaid! Esta es la estatua de Federico Schiller y estoy en la ciudad de Manguncia.—¡Mientes, Nazareno! Este es el simulacro de un falso Dios; y estás en el palacio de Fez.—¡Un momento, en nombre de Dios!—¡Bajad las espadas; quisiera hablar al Sultan!—Pues atrás y á tierra vuestra frente; el Sultan se adelanta...— ¡Ah! Muley-el Hassen, los ministros, la córte! ¡El cielo sea alabado, soy salvo! ¡Muley! ¡Magestad! Soy acusado de ido-

latría, soy inocente, yo no reconozco ni adoro más que al verdadero Dios, Señor de los mundos, infinitamente misericordioso y justo. No hareis que muera. Por fuerza teneis que reconocerme. Vine aquí con una embajada. Vos montábais un caballo ataviado de verde; llevábais capa blanca y la capucha sobre el turbante; teníais un aspecto hermoso y noble, Muley, y vuestros ojos revelaban mucha dulzura. ¡Atrás con vuestras espadas, soldados! mi vida está en manos de vuestro Señor.

Muley, sois justo y bueno; estoy lejos de mi patria, solo y sin defensa; soy jóven y amado, tengo necesidad de vivir; pronunciad una palabra tan solo, haced un signo, sonreid, miradme. ¡Oh, ya veo que vuestro corazon se apiada, Muley; vuestra frente se serena, vuestros labios se entreabren; una palabra no más! Haced que estas espadas que perturban mis ojos con sus centelleos se alejen. Ni la más ligera conmocion se nota en vuestro ser, príncipe sin corazon! ¿No veis que estoy ya manchado de sangre?...

*
* *

....Es mi sangre señor teniente; he sido yo quien le ha manchado; Vd. no está herido, la bala ha dado

contra mí... en un lado; no se marche señor teniente, quédese á mi lado, siento que perderé la vida muy pronto; ayúdeme Vd. á morir.—¡Qué morir hijo mio! ¡Quién habla de morir! Tu herida no es grave, ánimo; apóyate aquí contra la orilla del foso; mete la cabeza bajo mi brazo; así; voy á desbrocharte el capote; el médico vendrá en seguida, no pierdas los ánimos, adelante; verás que lo que es por esta vez no hay miedo.—¡Ah, no, señor teniente! Esta vez se concluyó todo... siento venir la muerte... Se velan mis ojos... ¡Adios! ¡adios mi buen oficial, adios mi buena madre! ¡Adios todos!—¡Muerto!... Quizá su corazón latía aún. ¡Ah! ya no late más. ¡Pobre muchacho!—No tenía más de veintidos años.—Aquí tiene una cartera, una carta dirigida á su padre: *Al Sr. Pedro Caretti, labrador. ¡Labrador! Fiesole, cerca de Florencia.* Una moneda de dos pesetas: la paga de sus últimos cinco días. El retrato de una anciana: su madre. Una sortigilla de cabellos negros: su novia. Aquí está todo el pasado y todo su porvenir, sumergidos en un pozo de sangre; todo su pequeño mundo destrozado por un pedazo de plomo: ¡afectos, promesas, intentos, aspiraciones todo concluyó! ¿Y por quién? Quizá aquel otro muchacho que está allá encima de aquellos campos, tras aquellas nubes de humo y que quizá también él lleve sobre su corazón un retrato y una carta... pero aquella carta está escrita en alemán! ¡Hé ahí por qué á uno de los dos le ha tocado un balazo... adelante! y ¡siempre adelante!—Pero có-

mo, dónde vamos á adelantar señor comandante? ¿Tenemos que trepar por este muro? ¡Es imposible!—Adelante de todos modos. Agarraos á la yerba y á la yedra; destrozaos cara y manos, pero hay que subir. ¡Arriba pues!¡Pero si es imposible! La yedra cede y se rompe.—Pero cómo se ha de romper si es mármol!...

*
* *

...¿Mármol?... en efecto, mis manos aprietan dos columnillas; mi pié derecho se apoyaba sobre la cabeza de un santo, el izquierdo sobre los lomos de un león y sobre mi cabeza se levanta una ventana ogival; trepo por delicadísimo monumento de arquitectura gótica, cubierto de relieves y calados, lleno de aire y de luz; más abajo de mí hay otras columnillas, otros santos, otros bordados de mármol, y aún más abajo... ¡Dios eterno! Estoy á una altura prodigiosa, sobre la aguja más alta del campanario de la catedral de Strasburgo! Alcanzo á ver Wissemburgo, la montaña del Guisberg, el Rhin, la Selva negra, Eichelberg, el valle del Murg! ¡Parece como si me hallase suspendido entre cielo y tierra! ¡Ah! ¡Con tal de que llegue á meter la cabeza en la ventana! ¡Valor!—Arriba,

despacio, de estatua en estatua, de relieve en relieve... ¡Maldito viento que me mete los pelos en los ojos! ¡Qué vacío tan inmenso me circunda! ¡Estas columnitas tan sutiles como varas de sauce! ¡Estas cabezas de santos, gordas como nueces! ¡Ah! ¡Me falta valor! ¡Mis manos tiemblan, resbalan mis piés, muévensc las columnas, vacilan los santos, los relieves se desprenden, me domina el terror, atráeme el abismo y el vértigo me ciega! ¡Ah, qué horrible muerte! ¡Madre mia! ¡Socorro!...



—¿Qué ha pasado? ¿Me ha despertado un grito?
¿Quién me llama?

¡Ah! Oigo la voz de mi madre en la habitacion inmediata.

—¿Qué dices?

—Te digo, lo que ya te he dicho cien veces, hijo mio: que jamás duermas sobre el lado izquierdo.



EMILIO CASTELAR

5 de Diciembre de 1873



ARO***...

Es muy natural tu deseo de saber algunas particularidades acerca de Emilio Castelar, y justísimo el reproche que me diriges por no haber hablado de él, sino vagamente, en mi libro.

Solía acompañarlo desde su casa á las Córtes, y lo conocí en aquellas breves conversaciones mucho mejor que en sus libros. No te maravile el que con tanta familiaridad alternase conmigo, extranjero y desconocido, porque, á más de ser afectuoso con todos, es tan entusiasta por el arte italiano, que aprovecha con placer todas las ocasiones de hablar ó de oír hablar de él, aunque sea con ignorantes.